

*illum trahat, et non illum trahat, noli velle judicare, si non vis errare: semel accipe et intellige, nondum traheris? ora ut traharis.* Idem, Tract. 26 in Joann.

*Deus meus, et misericordia mea! ò nomen sub quo nemini fas est desperare.* Idem, in Psal. 58.

*Sine voluntate tua non erit in te justitia Dei; fecit te nescientem, justificat volentem.* Idem, serm. 45 de verb. apost.

*Homo sum, secreta Dei non intelligo, investigare non audeo; sacrilegia temeritatis est, si plus scire cupias, quam sinaris.* Salvian. lib. 5 de Provid.

*Præfinitio hujus electionis abscondita est. ut perseverantem humilitatem utilis metus servet, et qui estat, videat ne cadat.* S. Prosper. lib. 2.

Véase: PREDESTINACION.

(á Jesús) sino atraído (por el Padre): mas si no quieres errar, no escudriñes el por, qué Dios atrae á uno y no á otro: sabe y ten esto por principio: ¿conoces que Dios todavía no te atrae? pues ruégale para que te atraiga.

¡Dios mio y toda mi misericordia! Esta palabra nos priva de desconfiar.

Sin tu consentimiento, no podrá resistir en tí la gracia de Dios: porque si te crió sin tu conocimiento, no te justificará sin tu voluntad.

No soy más que hombre, no entiendo los arcanos de Dios, ni me atrevo á excudriñarlos: miro como una temeridad sacrilega la pretension de saber más de lo que es lícito.

El decreto de esta eleccion nos está encubierto, para que un temor saludable nos mantenga en una humildad continua, y para que se guarde de caer el que ahora está en pié ó en gracia de Dios.

## ESCRITURA SAGRADA.

(SU MISION PROVIDENCIAL.)

### I.

*¿Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?*

¿No es verdad que sentiamos abrasarse nuestro corazon, mientras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras?

(Luc. xxiv, 32.)

Estas palabras, amados oyentes míos, nos traen á la memoria uno de los lances más tiernos de nuestros libros santos. Dos discípulos de nuestro señor Jesucristo iban caminando, en el mismo dia de la resurreccion, á una aldea, distante algunos estadios de la ciudad de Jerusalem: conversaban entrambos acerca del drama sangriento, que acababa de suceder en esa poblacion deicida. Juntase con ellos un desconocido, y viéndolos tristes, macilentos, abatidos, les pregunta el asunto de su conversacion. ¿Sois por ventura tan extraño, le dicen, á la ciudad, que ignoreis lo que ha pasado con Jesús, varon poderoso en obras y en sabiduria? El celestial incógnito, tomando entónces la palabra, les dice: «¡Oh hombres! ¿Ignorais, por ventura, que tenia que suceder todo eso así? ¿No sabeis que tenia que cumplirse lo que está escrito?»

Y exponiendo incontinentemente las sagradas Escrituras, les dió la clave para entenderlas, y descubrió entónces mismo el sentido de ellas: hizoles ver cómo todo estaba predicho y profetizado. Acercándose á Emaús quiso alejarse, como intentando pasar mas adelante: detuviéronlo ellos, diciéndole: «Quedaos con nosotros.» Y sabeis vosotros, amados hermanos míos, que en esta circunstancia el Señor, habiendo bendecido el pan, despues de haberlo partido y distribuido á sus discípulos, desapareció de en medio de ellos, y que mirándose asombrados uno á otro con inefable sorpresa, se dijeron: «¿No es verdad que nuestro corazon se estaba abrasando en nuestro interior cuando en el camino nos iba declarando las sagradas Escrituras?»

En ninguna ocasion tuvieron las sagradas Letras un semejante comentador. ¡Jesús, el Hombre-Dios, explicando á sus discípulos las palabras del Verbo eterno! Pues bien, nosotros tambien en el viaje de esta vida, peregrinos de la esperanza, debemos investigar en los Libros sagrados los misterios desconocidos; mas es preciso pedir tan sublime exposicion á la ciencia de Jesucristo, que nos habla por medio de su Iglesia. La palabra de Jesucristo, en efecto, encerrada se halla en la Biblia; veamos, pues, cuál es su Mision providencial.

Los protestantes, sabéislo muy bien, se han extraviado de tres siglos acá, en la tenebrosa noche de todos los errores, porque han sentado como principio el axioma funesto, de que la sagrada Biblia era el origen, el solo origen de la verdad; que interpretada por la razon individual, era el principio generador de la fé. Yo me propongo, pues, en este dia, indicaros cuál sea la verdadera mision de ese libro sagrado, de ese libro divino.

Consideraremos la sagrada Biblia en su universalidad: primer punto; con este motivo iremos manifestando todas sus divinas riquezas.

Cuál es el designio providencial de Dios acerca de este inmortal Libro: punto segundo. A. M.

1. La Biblia, esto es, el Testamento Viejo y Nuevo, es el libro por excelencia, el solo libro que merezca, hablando con propiedad, ese título de libro: todos los demás han salido de la mano de los hombres; todos llevan consigo el sello de su ignorancia, de su debilidad. Ese libro divino es el solo en donde el hombre no haya depositado ninguno de sus ignorantes pensamientos. La Biblia es el libro de Dios, el libro de la humanidad, es la epopeya más sublime del universo. Han escrito este libro treinta ó cuarenta escritores; no se conocian unos á otros, y con frecuencia son escritores que vivian á siglos de distancia, y, con todo, ese libro es *uno*, la unidad más completa, fuerte, indivisible.

No podeis quitar una línea sola de ese libro sin destruirlo, y ha salido todo entero de una eterna pincelada: el Espíritu Santo mismo es quien lo ha inspirado; y los que lo han escrito, no han sido sino sus secretarios, por valerme de esta expresion usual. Montes de comentarios se han hecho sobre él, y de él fluyen muy naturalmente; y está muy léjos de agotarse la materia. La coleccion entera de los Padres de la Iglesia, todos los libros de teología, todos los libros ascéticos, todos los libros de moral, todos los sermonarios, todo lo que se ha escrito, en fin, despues de diez y ocho siglos en el seno de la Iglesia de Dios, no es otra cosa que un comentario de la Biblia.

Os lo repito; no hay un solo texto que se halle aún agotado: cada uno de por sí abre un abismo, de donde despide una infinidad de luces, porque cada palabra de la Biblia toca en las perfecciones de Dios mismo. Solo el libro de los Salmos ha sido traducido y comentado más de sesenta mil veces; las epístolas de san Pablo han suministrado materia á millones de comentarios; y aún cuando el mundo alargase sus destinos todavía durante siglos de siglos, las sagradas Escrituras quedarían inagotables. Es un libro universal, es el libro de los libros.

Yo he sentado, que es un libro universal.

En efecto; es, desde luego, el libro de la teología. La teología, vosotros lo sabeis, es la ciencia por excelencia, la ciencia de las ciencias, como lo ha dejado escrito santo Tomás. Los demás conocimientos humanos, todas las otras ciencias, no son sino humildes criadas de la teología: domina ésta á todas las artes y ciencias, por cuanto abraza enteramente el elemento revelado. Comprende al dogma, á la moral, al culto. El dogma católico se encuentra en su totalidad y en su integridad en la Biblia, á excepcion de algunos dogmas, que han llegado hasta nosotros por el canal de la tradicion. ¿Qué libro ha hablado ni podido hablar jamás del dogma, de las verdades divinas, como la Biblia? Y si supiéramos todo lo que nos han enseñado de Dios, de sus atributos, de sus divinas perfecciones, de su trinidad adorable, de los designios eternos encerrados en su amor, lo que acerca de esto, digo, nos han enseñado Moisés, Job, David, Samuel, Salomon, Isaías, Jeremías, los Profetas, san Juan, san Pablo, los Apóstoles, ¿qué podríamos preguntar á los libros salidos de manos de los hombres?

Sería el mayor teólogo aquel que tuviera la más profunda inteligencia de todos los pasajes, de todos los textos de este inmortal libro.

Es el libro de la moral católica. ¿Qué moral como la del *Decálogo*? ¿Qué enseñanzas como las que nos dan los libros de la *Sabiduría*, los *Proverbios*, el *Eclesiástes*? ¿Qué avisos, qué máximas de buen vivir y de prudencia como las de este divino libro? ¿Qué moral como la del Evangelio? El sermón de Jesucristo en la Montaña, todas las divinas parábolas del Maestro divino, todas las palabras salidas de la boca de nuestro señor Jesucristo, ¿qué preceptos, qué consejos, cuánto amor, cuánta energía celestial, cuánto fuego! ¡Ojalá, que así estas sagradas enseñanzas del Evangelio, como los comentarios que de ellas hacen un S. Pablo, un S. Juan, fuesen meditacion continua de todas las almas!

Es el libro de los cultos. Los antiguos cultos tomaron de la Biblia lo que en ellos se halla de puro; y todas sus esperanzas, y todo lo que contienen de razonable, se encuentra en la Biblia: toda la série de las

santas y adorables realidades del culto católico tienen su base en el Evangelio. El pontificado, el sacerdocio, la oración, el sacrificio, los sacramentos, todo se halla en él.

Es el libro de los filósofos. La filosofía investiga el secreto de las cosas; quisiera encontrar el secreto de Dios y del universo, de lo infinito y de lo limitado, el secreto del lazo que une el uno al otro. Pues bien, fuera de la Biblia explicada, comentada, desenvuelta y comprendida tal como lo practica la Iglesia de Jesucristo, y solo como ella lo enseña y practica, la filosofía humana jamás podrá echar el ancla en ese mar borrascoso de las opiniones. Construirá eternamente y fabricará sobre arena: no hará sino aglomerar montones de arena sobre montones de arena, y nunca se podrá parar en su labor estéril.

Es semejante al trabajo de los Donaidas. Y si no, que se nos diga: ¿cuántas fuerzas, qué elementos de poder, de solidez, de energía vital ha podido dar á luz después de tantos siglos? Ni uno solo. Comienza, y vuelve á comenzar, sin llevar á cabo nunca sus desesperadas investigaciones. Quiere encontrar en sí mismo el hombre los secretos de Dios y del universo: cae de precipicio en precipicio en el abismo del escepticismo. Ved en qué ha parado la filosofía humana.

Al contrario. Encontramos escondido, pero real y efectivamente subsistente, todo lo que aquella anda buscando, sin encontrar jamás: los secretos de Dios, la verdadera filosofía, lo que nos toca y es necesario saber del hombre antes de su caída, en su caída, y después de su caída; de su reparación, de su perfectibilidad moral y divina; todas las leyes del mundo moral, todas las bases de las ciencias. Fluyen de la letra de aquel sagrado libro un rayo de luz para todas las oscuridades, una solución para todos los problemas. Es, pues, el libro de los teólogos, de los filósofos.

Es también el libro de los legisladores. Y en efecto, ved lo que han producido las legislaciones de la antigüedad pagana: pueblos bárbaros, pueblos esclavos de la tiranía: hé aquí todo. ¿Qué descubris vosotros en las sociedades modernas, en esas sociedades que han secularizado sus legislaciones, y que se han esforzado en extraer de ellas todo lo que se escondía del Evangelio de Jesucristo, del cual estaban impregnadas antiguamente esas legislaciones? ¿Qué veis en ellas, repito? Con sus miles de leyes no pueden andar: no hacen sino flotar entre el despotismo de la espada y el puñal de la demagogia. Os fabrican constituciones cual si hicieran un vestido: todo ello no dura dos años, y desaparece. Ved en lo que hemos parado!

Pues bien, aquí teneis dos pueblos, que viven con una legislación caída del cielo. El uno cuenta cuatro mil años de existencia: el pue-

blo judío. Es un pueblo que no ha producido nada: desde há diez y ocho siglos que se halla dispersado por las naciones. Ya no tiene territorio, no tiene ya confines suyos propios en el mundo, no tiene leyes, ni magistratura, ni ejército, ni tribunales, nada, en fin. Están desparramados por el mundo seis ó siete millones de judíos como una polvareda echada por el aire á impulsos de una borrasca. Y sin embargo, ellos han estado presentes al nacimiento de los pueblos en su cuna, y ellos los acompañan también al cementerio. El judío se ve siempre de pié, siempre llevando en su pecho un libro del cual no comprende ni un solo versículo: solamente sabe, que este libro le ha caído del cielo, y lo lleva consigo á la eternidad.

¡Ved esa sociedad católica con su divina constitucion, y contemplad su poder en el mundo! Doseientos millones de hombres echados por todos los puntos del globo, todos viviendo con una misma vida, con la misma ley, con el mismo pensamiento, dogmas, culto, sacramentos. Ved lo que obra una carta divina, una constitucion descendida del cielo. Pues bien; cuando las leyes morales, civiles y políticas de las naciones estén en perfecta armonía con esas leyes sagradas contenidas en la Biblia, entónces, y solo entónces, habreis encontrado la piedra filosofal de los pueblos. Luego, la sagrada Biblia es el libro por excelencia de los legisladores.

Es también el libro del historiador. ¿Qué podremos aprender en los autores más antiguos? ¿Qué nos dicen del período antediluviano, que comprende la creacion del universo, la historia de la primera familia, la vida de los primeros patriarcas, la historia de ese inmenso cataclismo que trastornó al mundo, y cuyas huellas se hallan perennes en el universo?

La sagrada Biblia es el periódico de la humanidad; todo está escrito en él. ¡Cuán admirable es la historia de Moisés, y cuán bien escrita está! Los sagrados escritores han consignado la historia por vía de anticipacion, bajo el dictado de Dios, y sin entravar en nada los actos de la libertad individual y los de la libertad de las naciones: han escrito hechos, y los han anunciado con precision matemática. Así es, que toda la vida de Jesucristo, nuestro divino Salvador, está escrita muy de antemano por los profetas.

Eso que llaman filosofía de la historia es una quimera. Fuera de la Biblia, no hallareis sino fanatismo para explicar el mundo. Fuera de la Biblia, fuera de la caída de los ángeles prevaricadores, de su accion en el mundo, de la degradacion del hombre, de la promesa de un libertador divino; fuera, por último, del catolicismo, de la cruz, de la Iglesia de Jesucristo, caereis, forzosa é inevitablemente, en ma-

teria de historia, en el fatalismo, en el panteísmo, en el materialismo.

Es, pues, la Biblia el libro del historiador, como lo es del legislador, del teólogo y del filósofo; es, además, el libro del poeta.

Los pueblos de la antigüedad tuvieron una poesía que era la expresión de sus cultos, y siendo infames estos cultos, su poesía era forzosamente sensual y corruptora. Los poetas paganos cantaron las infamias de sus dioses y diosas, de los héroes que adoraban é inmortalizaban: poesías enteramente materiales, sensuales.

La poesía bíblica, hermanos míos, domina la poesía de las naciones paganas, como el cielo domina á la tierra. La poesía de nuestros sagrados libros es como un eco sonoro de la lengua que hablaba Adán antes de su caída. Nada hay tan trascendental ni maravilloso como esta poesía. Moisés no solo es un historiador grande, sino un poeta sublime: describe en cortas sentencias y muy pocas palabras las obras de Dios, y todo con la majestad que cumple al encargado de parte del mismo Hacedor supremo para escribirlas. Cuando se expresa á la cabeza de su narración sublime en estos cortos y precisos términos: «En el principio hizo Dios al cielo y á la tierra» parece estar se viendo dos pinceladas, una para el cielo, otra para la tierra. Cuando dice: «Dijo, Dios: hágase la luz, y la luz quedó hecha» parece estar se viendo salir centelleando la luz desde las entrañas del abismo. Y por lo que hace á esos globos innumerables suspendidos sobre nuestras cabezas, esas miriadas de estrellas, que envuelven al mundo planetario, ved cuán poco le cuesta á Moisés describir y contar su creación.

Recorred todas las obras poéticas de Moisés, el cántico del paso del Mar Rojo; ¡qué imágenes tan vivas, qué valentía de expresión! ¡Qué cuadros tan pintorescos, qué movimientos tan rápidos! ¡Y los anatemas que lanza, con tanta fuerza como celo y compasión, contra su pueblo ingrato en el Deuteronomio?

¡Y Job, ese poeta por excelencia! ¡Quién habló nunca de Dios como Job? Mucho siento que el escaso tiempo de que puedo disponer para hablaros, no me permita referiros algún pasaje, entre tantos y tantos, que asombrarían vuestro entendimiento. Veriais cuánta lástima os darian nuestros pobres poetas puestos en parangón con ese profeta sagrado.

Tomad el primer salmo que os venga á la mano, y vereis qué magnificencia, qué poesía. Esos salmos, que cantaba David bajo la inspiración del Espíritu Santo, esos salmos, que repite la Iglesia diez y ocho siglos há, son un océano de sagrada poesía.

La sagrada Biblia es el libro del poeta, ya lo hemos hecho ver; es también el libro del orador sagrado.

Todos los oradores sagrados se han formado con el estudio, con la meditación, con el manejo de ese libro inmortal. La elocuencia sagrada domina á la profana y humana elocuencia, más aún por los grandes intereses en que hace versar á los hombres, que por su estilo sublime y puro. Mirad, si no, la fuerza de la palabra del tribuno. Esta palabra hace vibrar, conmueve, sacude, agita; pero nada funda, nada establece. ¿Qué es la elocuencia parlamentaria? ¿Qué ha podido fundar? ¿Qué bien ha podido hacer en el mundo? Yo no lo sé; pero lo que, sí, sé, es que la humilde y sencilla palabra de un pobre misionero, de un pobre sacerdote perdido entre las selvas oceánicas, esta palabra es fuerte, es poderosa; es la elocuencia sagrada que habla al corazón, cura sus llagas, da la paz interior.

¿Y porqué domina esta elocuencia á la elocuencia humana? Porque aquélla está llena de Dios, de cielo, de infierno, de los eternos destinos del hombre. El sacerdote se alimenta de sentencias de la sagrada Biblia, y ved el secreto de su poderío:—sus palabras son divinas.

San Juan Crisóstomo la meditaba día y noche, y daba grandes sacudimientos á la ciudad de Antioquia en donde predicaba: transportábala de entusiasmo, embriagábala de santa felicidad cuando le explicaba las epístolas de san Pablo, y hacia homilias sobre el evangelio de san Mateo. Todos los oradores sagrados han meditado día y noche las verdades escondidas en ese libro; y allí, sí, allí se encuentra todo lo que forma un buen orador.

Es un libro universal la sagrada Biblia: imposible el intentar resumir todos sus diferentes caracteres.

La divina Escritura es el libro del artista, del artista cristiano. Las artes son la manifestación de lo bello; y *lo bello* (decía un pagano que habia sacado esta palabra de la fuente de la tradición), *lo bello es el resplandor de lo verdadero*. Ved por qué son sensuales las artes paganas: son la expresión de la materia, de la forma puramente material. Pero el hombre no vive solamente de su costado meramente material: la sagrada Biblia, encerrando todas las verdades, ha debido engendrar un arte sublime. El arte bíblico, expresado en el cristianismo, ha producido las obras maestras inmortales en pintura y escultura religiosa, la arquitectura católica, el canto gregoriano, los cánticos tradicionales, la música sagrada de nuestros templos en nuestros mismos días.

Los salmos, que cantamos nosotros hoy, el concierto y música de estos salmos en la liturgia cristiana, suben hasta los Hebreos. Figúraos el efecto de esos cantos, cuando un millón ó dos de hombres,

lentos de religioso entusiasmo, que conducía Moisés al través del Sinaí, repetían aquellos refranes nacionales: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in seculum misericordia ejus!* Cielos y tierra debían conmoverse á tan grandioso concierto. No oímos ya tan grandes y sublimes clamoreos; oímos en nuestros templos músicas, melodías armónicas; pero aquello, que conmovía las entrañas de toda una nación, se perdió ya.

La santa Biblia es también el libro de la ciencia.

Después que la ciencia va siendo más concienzuda, se ha hecho por ello mismo más bíblica. Ha comenzado ya el movimiento, y no se detendrá, hasta que se haya demostrado al mundo, que el libro de la naturaleza habla como el libro de la Biblia. «Hay dos testamentos, que hablan lo mismo uno que otro, el libro de la naturaleza y el libro de la Biblia, decía santo Tomás; ambos cuentan la gloria, la majestad, el poder de Dios.»

La sagrada Biblia contiene riquezas desconocidas, insondables; es un libro universal, el libro de todos los pueblos, de todos los tiempos; el libro de los magistrados, de los guerreros, del padre de familias, de la madre, de la viuda, de la tierna doncella, del artesano, del pobre, del rico, del infeliz, del acomodado.

Veamos pues ya los designios providenciales de Dios acerca de ese libro asombroso, y la misión de la sagrada Biblia en el seno de la humanidad.

2. Acabamos, pues, de ver en las sagradas Escrituras un libro universal en un sentido el más extenso: y bien; ¿cuál es la misión real, verdaderamente providencial de ese libro venido de Dios, bajado del cielo, en el cual el hombre no ha depositado (me complazco en repetir) ninguno de sus pensamientos tímidos, ignorantes? Las sectas protestantes os dicen, que la Biblia es el elemento productor, engendrador de la fé; y que cada uno tiene el derecho radical, primitivo, de interpretar individualmente ese libro, de buscar y formar en él su conciencia, la regla de su vida, la ley de su existencia y de su destinación. Ved lo que dice y alega el protestantismo.

Niéga lo el catolicismo, y muy justamente, con toda clase de razones, á cual más poderosas, como lo ireis viendo.

La Iglesia católica enseña, que la Biblia no engendra la fé; que no es, por consiguiente, el órgano engendrador, productor de la fé: que el órgano productor de la fé es el apostolado viviente, la palabra gerárquica del sacerdote, palabra que él ha sacado, es verdad, en las lecciones, doctrinas y enseñamiento de la Biblia, aunque le hayan llegado á él por la tradición viviente; pero, á cuyas lecciones, enseña-

miento y doctrinas él mismo va dando vida, en virtud, no de su persona, sino de su misión; porque, como lo dice el mismo libro, «los labios del sacerdote son los guardadores de la ciencia.» El pueblo ha de pedir, pues, al sacerdote, ha de buscar en los labios del sacerdote su fé, la fé que enseña la Biblia. La fé viene del oído; ¿y cómo creerán los pueblos si no se les habla? ¿Y como les hablarán los sacerdotes, si no han recibido la misión de hablar y enseñar?

Ved, pues, cómo se ha establecido la fé en el mundo. *In omnem terram exivit sonus eorum.*

Mirad ese magnífico espectáculo que se presenta á los ojos del mundo; mirad cuán sencillo, cuán fácil, cuán accesible es para todas las almas el apostolado católico, gerárquico, universal: mirad cómo se ha hecho insinuar en todas las inteligencias. En el momento en que os estoy hablando, hay como un millon y ochocientos mil sacerdotes repartidos por la superficie del globo: cerca de dos millones de anunciadores de la palabra católica; hay entre ellos dos mil obispos, dos mil alféreces sagrados al frente de esta milicia santa. Esos dos millones de sacerdotes enseñan á doscientos millones de fieles; esos dos millones de sacerdotes no hablan sino una lengua misma, reconocen á un mismo Dios, creen en un mismo dogma, tienen la misma ley moral, siguen el mismo culto, reciben los mismos sacramentos, profesan las mismas verdades; saben todo cuanto tienen que enseñar, se entienden todos entre sí, sin haberse conocido ni visto jamás, y, sentados en la cátedra de la verdad, no varían ni en un ápice.

Pero estos dos millones de sacerdotes están puestos bajo la guarda y autoridad de dos mil obispos. Estos obispos, guardadores de la verdad, en los límites que les fueron asignados por el Soberano Pontífice, están en comunicación directa con el sucesor de Pedro, con el que es el guardian por excelencia, el conductor de la verdad, el que posee el secreto de las leyes eternas, aquel á quien está dicho: «Confirma á tus hermanos.» Todos los obispos van á consultar con Pedro, confrontar su Evangelio con el de Pedro. Ved la unidad, ved el apostolado del niño, el apostolado de la doncella, del padre, de la madre, del artesano, del hombre de grande ingenio, del académico, del joven y del anciano, del hombre y de la mujer. Todos, todos se instruyen por la palabra gerárquica, radiando por el mundo todo.

Suponed, que en lugar de esta tan sublime como divina gerarquía pongais una institución bíblica; figuraos un enjambre de chalanes, buhoneros, traginantes, llevando todos sus arquillas llenas de Biblias. La sociedad bíblica se encarga de este apostolado: son unos factores con una banasta á las espaldas; esta banasta está llena de Biblias en

todos los idiomas, en todas las lenguas; y las van repartiendo á diestra y siniestra. Habrá sido menester gastar quinientos millones para este apostolado; pero no habrá dado por fruto ni un solo cristiano; no habrá hecho sino sembrar la anarquía más espantosa.

Cuentan todos los que han estado largo tiempo en Inglaterra, que Londres, y aún todas las grandes poblaciones, presentan un espectáculo muy curioso los domingos. En la misma familia hay muchas personas, cada una se va á su religion particular: cada una va á oír la plática que más se ha conformado con sus ideas, cada una á su pastor, cada una á su templo, y todos y cada uno por su lado. ¡ Considerad qué Babel, qué anarquía! — Pues todo procede de la interpretacion individual.

Sube un hombre á un pilar de la plaza, ó de la calle: hé aquí el espíritu que va á hablar; enseña toda suerte de rarezas y singularidades. No hay un sectario que, en virtud de sus interpretaciones individuales, no haya tratado de apoyarse en la Biblia para justificar los más groseros errores. Los Gnósticos, los Maniqueos, los Albigenses, todos, todos buscaban en aquélla la justificacion pretendida de sus herejías. Arrio la interpretaba á su manera; Nestorio ponía dos personas en Cristo, lo cortaba en dos con el texto de la Biblia. Pelagio, Lutero, Calvino, todos los herejes, en una palabra, han pretendido hallar en ella sus dogmas monstruosos, sus máximas infames. Y así es, que Lutero predicaba la bigamia, el adulterio, las infamias de la carne, apoyándose en textos de la Biblia. ¡ Ved el resultado funesto á que conduce la interpretacion personal!

Abrid los libros de los socialistas y comunistas de nuestro tiempo, y vereis, cómo hacen socialista á nuestro divino Redentor. Atacan la propiedad con la Biblia; hasta hay hombres que encarnan las máximas de rebelion, de sangre, de terror y de revuelta, en las palabras mismas del Verbo eterno. ¡ Ved á dónde llega la interpretacion individual! ved lo que ha producido y lo solo de que es capaz!

Es visto, pues, por lo que acabo de bosquejaros, y por otras infinitas razones que podria exponeros, que la mision de la Biblia no ha sido jamás la de engendrar la fé. La mayoría inmensa de los mortales no es capaz de leer, ni ménos de entender, un solo capítulo de la sagrada Biblia. Seria menester decir, que Dios la habria cerrado irremediabilmente á casi la totalidad de los hombres. Nadie puede leer por sí solo la Biblia; no hay un solo hombre, que, como hombre y por sus propias fuerzas, la comprenda; no hay un solo teólogo, que pueda ni haya podido vanagloriarse de ello.

San Agustin, el mismo san Agustin, una de las más brillantes lum-

breras de la Iglesia, el más glorioso expositor, despues de san Pablo, san Agustin, repito, ¿sabeis que emprendió por tres veces interpretar la epistola de san Pablo á los Romanos? Espantado de los abismos que en ella veia, no concluyó ese trabajo. ¿Y querriais que un simple artesano, que una sencilla mujer, pudiese encontrar lo que se escondió al mayor ingenio que vieron los siglos? Esa pretendida interpretacion individual es la causidilla de talentos mezquinos, orgullosos, altivos, que nada saben, porque lo ignoran todo; y ese es el principio de todas las herejías, y el arsenal de la anarquía intelectual. Y ved porqué yo desecho esta idea, anatematizo, en nombre de la Iglesia y de la sana razon, esta doctrina.

La manía expositiva de los protestantes ha llegado, hoy dia, á no divisar ni descubrir en las sagradas letras sino emblemas, figuras mitológicas, sueños, delirio; y así como los filósofos de nuestro tiempo, partiendo del principio de la autoridad individual de la razon, de la infalibilidad de la razon, de la supremacía de la razon, se han visto forzados á enterrarse en las entrañas del escepticismo, y de aletargarse á los piés de la nada. Y, por cierto, no es tal la mision de la Biblia.

Es muy digno de notar, que nuestro señor Jesucristo, no ha escrito una línea. Congregando á sus discípulos, les dijo: «Seguidme, yo soy el Hijo de Dios, el Mesías esperado;» y los discípulos creyeron en él y lo siguieron. No se ve que Jesucristo haya formado un solo renglon, sino cierto dia en el templo, cuando trajeron á su presencia á la mujer adúltera. Bajóse hasta tierra, trazó unos cuantos caracteres, unas cuantas letras en el polvo. No se sabe si fué una sentencia de misericordia para con aquella desgraciada, ó una sentencia de justicia contra los escribas y fariseos que la acusaban. El viento se ha llevado esta letra de Jesucristo; y no ha querido quede un solo renglon escrito de su puño en la tierra.

Dijo nuestro divino Maestro: «El que os escucha me escucha.» Dijo tambien: «Enseñad.» «Lo que os hablo al oido, predicadlo sobre los altos lugares.» San Pablo no escribió sus epístolas, sino despues de haber convertido á las naciones. Roma habia recibido ya la fé, cuando san Pablo escribió su epistola á los Romanos. Habia engendrado en Jesucristo á los de Éfeso; cuando les escribió esa admirable epistola que poseemos. Lo mismo sucedió con los de Corinto y sus epístolas, así como con todos los pueblos, que tuvieron la honra insigne de recibir de la boca de este sublime inspirado la palabra evangélica.

San Juan Evangelista tenia cerca de cien años, cuando escribió su evangelio, y habia fundado todas las Iglesias del Asia por medio de su apostolado viviente.

Igual cosa sucedió con el apóstol san Pedro, que fué á llevar la fé á Antioquía y Roma: su discípulo Marcos no escribió los Hechos sino bajo su dictado.

En resumen, la fé ha sido enseñada, promulgada por medio del oído, por el apostolado, porque tal es el solo medio divino, gerárquico, viviente, establecido por Dios.

Pero, me direis: mas ¿cuál es, pues, la mision de la Biblia, si no es ella el órgano productor, el órgano dominador de la fé en el mundo? San Pablo lo ha dicho, católicos: escuchadme.

Toda escritura divinamente inspirada; es decir, así el antiguo como el nuevo Testamento, es útil para enseñar, para adelantarse en la ciencia del alma.

San Pablo no nos tiene dicho: es necesaria. Si el principio del protestantismo fuese verdadero, san Pablo hubiera declarado, que era necesaria, indispensable para engendrar la fé: se contenta con decirnos: Es útil. Es, en verdad, el libro del erudito, el libro del doctor, del prelado, del Padre de la Iglesia, del controversista sagrado, del apóstol, del misionero, del cristiano sometido á la Iglesia.

Y por otro lado, ved si los pueblos católicos, si las naciones católicas han escaseado jamás del alimento de la Biblia. ¿Qué son los escritores católicos, desde diez y ocho siglos? Comentadores de la Biblia; ved lo que son, á lo que, en definitiva, se reducen sus escritos. Toda la coleccion inmensa, colosal de los doctores de la Iglesia griega y latina, no es sino un comentario de la Biblia. No hay una página en san Agustin, que no sea la exposicion de algun texto de la Biblia; todos los teólogos católicos no han podido hacer otra cosa. Cuanto han escrito de más profundo los Padres de la Iglesia, está allí; santo Tomás de Aquino escribió un gran volumen en folio, para explicar las epístolas de san Pablo: este mismo doctor dejó escrita una obra inmortal, intitulada: *Catena aurea*, la cadena de oro. Este libro no es otra cosa, sino el comentario de los cuatro Evangelistas, enriquecido y entretrejido de textos de Padres de la Iglesia: no escribe en esta maravillosa obra una palabra que sea suya; y todo cuanto escribió en sus muchas obras, lo tomó, ó de la Escritura, ó de los santos Padres, comentando algun texto de la Escritura. Ved, católicos, lo que han hecho esos hombres grandes. Así es como san Agustin habia logrado formar un pueblo sabio, del pueblo de Hipona, compuesto de pescadores y marineros.

Con que estamos viendo por testimonios evidentes, que los católicos conocen la sagrada Biblia; vosotros la conoceis lo necesario para vuestra guia y consuelo espiritual; conoceis los Evangelios, las Epis-

tolas, los salmos, el libro de Moisés; todo esto os es esencial; alimentaos, pues, de esos libros admirables; pero dejad su interpretacion á la doctrina y enseñanza de la Iglesia, á la antorcha de la tradicion, y de ese modo no tendreis que temer extraviaros jamás. Grabad en vuestro corazon algunas de esas palabras sagradas. San Francisco Javier se hizo un santo, un taumaturgo, por la accion ó influencia de aquella divina sentencia: *De qué le sirve al hombre ganar un mundo, si llega, no obstante, á perder su alma?* De qué le serviria al hombre conquistar, haber ganado reputacion, lauro en letras, ciencias, artes; haberse grangeado poder, riquezas, fortuna, todo lo que el mundo ansia tanto, si pierde él su alma?

¡Y san Francisco de Asís! Tal vez no tendríamos este orden seráfico, lustre y esplendor de la Esposa de Cristo, no tendríamos aquel milagro de santidad, si no hubiera insculpido en su tierno corazon una expresion sagrada, que oyó en el templo: *Si quereis ser perfectos, vended todo cuanto teneis, dejadlo todo, venid y seguidme.* Francisco dejó inmediatamente todas las cosas que más amaba, á su padre, á su madre, á su parentela, á sus amigos, á sus más lisonjeras esperanzas: dejólo todo, y se convirtió en un necio-prudentísimo de la pobreza.

Leed, pues, amados hermanos míos, leed esas palabras sagradas; alimentaos de las Escrituras divinas, meditadlas, y encontrareis en ellas un remedio á todas las penalidades de vuestra alma. Meditadlas, y nuestro Señor Jesucristo hará descender sobre vosotros el rocío de su gracia, y harálas fructificar en vuestras almas. Amen.